



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Globalización y culturas nacionales

Autor: Campa, Riccardo

Forma sugerida de citar: Campa, R. (1998). Globalización y culturas nacionales. *Cuadernos Americanos*, 3(69), 139-158.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 69, (mayo-junio de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Globalización y culturas nacionales

Por Riccardo CAMPA
*Instituto Italo-Latino
Americano, Roma*

LA CONVICCIÓN de que la tecnología constituye un condicionamiento apriorístico de la existencia sustituye la ideología entendida como instrumento teórico de la política. El modelo comportamentalista determina la legitimación del poder (intelectual, económico, social). La técnica de la persuasión condiciona la convicción individual, que se acredita sólo en los márgenes del conocimiento.

La causa histórica de tal proceso se debe a la injerencia cada vez más subrepticia y subliminal de la publicidad, mediante la cual la experiencia se convierte en una filosofía despojada de fundamentos. La revolución tecnológica, exenta de los condicionamientos propios de la cultura occidental, fundada en la interlocución y en la complementariedad de los aportes cognoscitivos, convierte a la razón, como propiciadora del conocimiento, en un factor explicativo de los hechos ya determinados por una suerte de necesidad vital. La naturaleza asume el significado del artificio, de todo cuanto es posible modificar mediante la dinámica operativa, factual.

La opinión y el hecho constituyen las connotaciones explícitas de todo cuanto acaece en la realidad, considerada como un escenario abierto a la iniciativa del sujeto anónimo, que se propone modificar globalmente el hábitat en el que actúa o es inducido a actuar por las así llamadas condiciones objetivas.

El concepto romántico de felicidad (o de infelicidad individual), como toma de conciencia de sí mismo y de la alteridad que nos es extraña o enemiga, ha sido en buena parte sustituido por el mito panglossiano del optimista ascenso social de las multitudes, en una época que, en realidad, ya tiene potencialmente los medios técnicos y científicos para hacer posible la prosperidad de los hombres.¹

¹ Guido Montana, *La rivoluzione egualitaria post-industriale*, Roma, Silva, 1971, p. 7.

La cognición de la cantidad en detrimento de la calidad comporta la reducción del consentimiento a simple prueba de la eficiencia del sistema en el que se desarrolla. El optimismo se vuelve así una fuerza que arrastra, que admite solamente el riesgo de fracasar. La sectorialización del saber es una especificidad propia de la competencia refractaria a todo criterio dilemático que comporte y contemple soluciones alternativas. “El empirismo y la estrategia de la practicidad se encuentran así magníficamente servidos por una nueva escolástica, que paradójicamente los absuelve de la sospecha de utilitarismo”.² La “metafísica sectorial” amplía inusitadamente su ámbito cognoscitivo hasta justificarse y legalizarse con principios generales, que son impuestos, sin embargo, como ineludibles si se conectan con el progreso del género humano en su totalidad. Los instrumentos de relación y mediación que caracterizan a un sector de la actividad humana de hecho tienden a imponerse como indispensables factores del logro de los recursos energéticos y económicos de cada uno de los países y de éstos con las áreas geográficas en las que gravitan. El uso de códigos y de particulares astucias sintácticas crea, además, una suerte de casta sacerdotal depositaria de algunos secretos que aspirarían a transformarse en verdaderas admoniciones de la modernización. “La sociedad actual es como un reptil, que en letargo moriría y que, por lo tanto necesita, para sobrevivir, agitarse continuamente y morderse la cola”.³ La magia de la argumentación sugestionada las mentes y las vuelve retráctiles a toda forma de problematización. Frente a la declinación de las certidumbres burguesas del siglo XIX romántico se opone una aseveratividad sectorial que encierra una suerte de implicación emotiva difícilmente armonizable con la razón.

Paradójicamente, el empleo instrumental del conocimiento sectorial vuelve extraña, frente al proceso innovador, a aquella multitud de individuos que de las innovaciones tecnológicas extraen el propio sustento y hasta sus propias ganancias. Los intereses sectoriales se conjugan con aquellos cuantitativos del consumismo que se configura, mediante los medios masivos de comunicación y los sistemas de condicionamiento lingüísticos y comportamentales, como una meta en condiciones de eludir cualquier perplejidad de orden ético y cognoscitivo. La racionalidad de los medios emplea-

² *Ibid*, p. 9.

³ *Ibid*, p. 10.

dos para conseguir un fin es extraña a la lógica de la condición humana. A la rigidez de los modelos modificadores de la naturaleza se opone —presuntamente— un grado de entropía social, regulable sólo con los instrumentos de la represión. La prosperidad económica es presupuesta como un incentivo a la armonización comunitaria: el *panem et circenses* de los romanos se transforma, en la mente de los así llamados reformadores sociales del mundo contemporáneo, en una vaga actitud lúdica sufragada por la producción y por el consumo de los objetos.

Mientras que las ideologías del siglo XIX se delinean como aportes del conocimiento y de la afiliación individuales, en el intento de presagiar y por lo tanto pre-determinar el desarrollo económico, en la sociedad contemporánea las líneas de tendencia operativa y empresarial prescinden, en lo posible, de la dialéctica interna de las organizaciones comunitarias. La escisión entre necesidad empresarial y expectativas mesiánicas es categórica y deja entrever una racionalización a nivel planetario del mecanismo de la producción y de la distribución del rédito. El pensamiento individual emigra, por así decir, a las áreas imponderables de las creencias religiosas, y solamente en parte al ejercicio exegético de la escritura o de la representación artística.

La complicidad de los instrumentos de persuasión está implícita en el éxito de las iniciativas que recogen mucha *audience*. Mientras una élite, si bien variable y en perenne competencia, asegura las modificaciones del mercado, éste se mantiene en apariencia apegado al así llamado gusto del público. En realidad, el gusto del público se confecciona como cualquier otra mercancía: es, de hecho, un conjunto de objetos propuestos a la sugestión sensorial de manera tan perentoria que la vuelve no sólo ineludible, sino también impostergable. La inmediatez de las necesidades las exonera del juicio. Adquieren legalidad, por así decirlo, *in itinere*, en la representación de un mundo ilusorio que es tal por estar continuamente sometido a revisión. La demostración de tal tendencia está dada por la espectacularidad a la que es inducido a recurrir el conocimiento si pretende perseverar en el propósito de adquirir datos de la realidad, útiles a los fines del mejoramiento de las condiciones objetivas. Los conductos de intermediación entre todos aquellos que operan en los varios sectores cognoscitivos y las así llamadas multitudes son algunos personajes de la cultura humanística, de la economía, de la ciencia, que gozan de un particular favor en el público, favorecido por otra parte por la atonía de los

mismos medios de comunicación. Los medios masivos de comunicación, de hecho, utilizan insistentemente figuras ya aceptadas por el escenario representativo para difundir las informaciones independientemente de su grado de competencia. Un escritor, un científico o un economista que tenga crédito en la opinión del público se transforma a menudo en un gurú gracias a la insistencia con la que es interrogado sobre todas las temáticas que impliquen una adecuación colectiva o sobre las que es necesario obtener un consenso en tiempos breves.

En tales condiciones, el límite entre cultura objetiva y sofisma intelectual se vuelve prácticamente indistinto: la realidad de la clase equivale a la abstracción del concepto, al mimetismo verbal del comportamiento. Sofisma y empiria coexisten, con general satisfacción. El sofisma sirve para distraer al hombre del pensamiento objetivo; la actitud empírica para organizar el triunfo del sofisma en el plano práctico y utilitario. Este tipo de comportamiento funciona mediatamente, conectando el interés privado con el de las estructuras; la cultura se transforma en un modo de proponerse y de corresponder a las exigencias normativas del comportamiento y el arte en falsa rebelión a las normas, una astucia intelectual y visual del sistema.⁴

El halago de un poder decisonal sobre las masas exonera al escritor y al artista de hacerse completamente responsables de cuanto respectivamente uno escribe y de cuanto el otro representa. La coartada de una incontinenencia epocal y generalizada satisface solamente los cálculos mentales de aquellos que pretenden otorgar a la discontinuidad de la expresión un contenido evocador difícilmente conseguible con los estilemas tradicionales. El experimentalismo a ultranza vuelve símiles la idea y el objeto que la representa. Tan es así que la dependencia de la creatividad se explica en los pliegues de la experiencia, de aquella actitud que se presume deba ser forzosamente comunitaria y mayoritaria. El abandono en el movimiento ondeante de la existencia no es una elección, sino una regla inderogable por parte de quienes aspiran de algún modo a connotarla y problematizarla. El elemento indicador, que consiente al escritor y al artista interferir en el curso de las cosas, es su incongruencia con respecto al relieve que ellos asumen en el compendio cognoscitivo. La escritura y la representación persiguen formas de la realidad que se han manifestado ya como insolventes según un criterio interpretativo de las mismas.

⁴*Ibid.*, p. 14.

La euritmia del mensaje artístico con respecto a la receptividad masiva es debida al hecho que las formas expresivas utilizadas por el mismo parecen proponerse a una competición que es sólo sectorial, es decir, que no incluye en su rayo perceptivo manifestaciones de signo contrario. El carácter propedéutico de la representación artística se vuelve una constante en un sistema comunicativo continuamente alterado por las inferencias subjetivas. En otros términos, la empresa artística se presenta como una experiencia individual que se entrega a aquellas goetheanas “afinidades electivas” en las que reside el *genus* de una solidaridad precaria y olvidable. La experiencia artística se modela en torno a los cánones expresivos de la publicidad y de la propaganda en el intento de llevar a cabo una tarea didáctica, que termina siendo celebratoria aun cuando se propone como denuncia. La improponibilidad en el plano estético de un modelo transgresivo —con respecto a aquél impuesto por los instrumentos de divulgación— reduce las connotaciones cognoscitivas de toda obra de arte que se proponga representar un estado de ánimo, una sugestión o un convencimiento. La hiperactividad y el atonismo se compendian en el escenario de la representación, invadido como está por el desconcierto, que ya no es más aquel kantiano frente al cielo estrellado, sino aquél frente a la impenetrabilidad de la conciencia individual, sin rémoras y por esto mismo hipertrófica en su ilusoria liberalidad.

Si el comportamiento condicionado es el resultado de la renuncia de la razón objetiva, y si las estructuras son al mismo tiempo causa y efecto de la intervención mistificada, surge entonces el problema del revés comportamental, como hecho capaz de oponerse integralmente al sistema de los condicionamientos y reconstruir el comportamiento objetivo.⁵

El comportamiento se vuelve, por lo tanto, el fundamento de la nueva conciencia cognoscitiva: en el interior de los mecanismos psicológicos, emotivos y racionales es intuitivo que pueda esconder el foco de la consideración individual de lo que es justo o de lo que es útil a los fines de un equilibrado sistema de interacción entre las comunidades depositarias de tradiciones, idiomas, costumbres, creencias religiosas, para hacer valer en el concierto planetario. Las que aparecen como simples incompatibilidades de grupo pueden transformarse, en la sociedad moderna, en pretextos concep-

⁵*Ibid.*, p. 15.

tuales capaces de dar un sostén de carácter general a los aportes sectoriales, entendidos como visión general de las cosas desde perspectivas espacial y temporalmente bien delineadas.

El análisis del comportamiento se identifica así con la búsqueda de las motivaciones del obrar humano. La investigación sobre la intencionalidad individual, si bien no pueda ser escindida de la homogeneidad del comportamiento sistémico, se presta, sin embargo, a un examen que tenga como meta la historicidad de las actitudes mediante las cuales las diversas asociaciones comunitarias se proponen a la confrontación generalizada.

El Jano moderno mira en direcciones opuestas: por un lado, a la más total y complacida de las integraciones; por el otro, a la oscura némesis de la propia conciencia, vuelta ineficaz, sepultada en lo profundo como in-suprimible remordimiento. La tecnología más avanzada, las conquistas de la ciencia, la automatización y la cibernética ofrecen al hombre contemporáneo el cuadro sugestivo y estimulante de sus posibilidades, en las que sin embargo —aun absorbiéndolas gradualmente— no logra ya ver los lineamientos de la propia condición. Él sabe sin saber realmente, ya que su conciencia está acostumbrada a rechazar la intervención de una verdad no útil.⁶

La alienación contemporánea no tiene causas evidentes y prescinde de las oportunidades operativas, que también se delinear como difícilmente alcanzables. La retórica subjetiva tiende a un tipo de adecuación que es fuente de inquietud y perturbación. El hombre es inducido a actuar en los modos convencionales porque son considerados eficaces y acordes con sus expectativas, pero está obligado también a preguntarse enfáticamente si tales métodos son coherentes con sus criterios discrecionales.

Astucia intelectual y alienación son en definitiva dos modos de ser de la misma conciencia integrada: la astucia es el aspecto “feliz”, el optimismo funcional que empuja al éxito y obtiene el máximo rendimiento de las circunstancias; la alienación es la ambigüedad dolorosa que se desespera por recomponer en el interior de la conciencia la objetividad del hombre.⁷

La ambigüedad se vuelve así parte integrante de la ética comunitaria, que se absuelve de la acusación de incoherencia porque está obligada por las circunstancias a sobrevivir con las astucias tácticas propias del estado de sitio. La máscara y la mimesis sustituyen la

⁶ *Ibid.*, p. 20.

⁷ *Ibid.*, p. 23.

maquiavélica simulación: la primera, de hecho, hace frente a una exigencia en acto; la segunda la prevé y trata de cualquier manera de contener los efectos negativos para el desarrollo del sistema político comunitario.

El hedonismo se vuelve por lo tanto un bien no común al alcance de todos. La contemplación, el misticismo y el nomadismo constituyen los aspectos más desconsoladores de la apologética del empirismo, del movimiento con metas precisas, que sin embargo están continuamente fechadas con anterioridad para permitir su sustitución. Los sitios de la memoria —los hallazgos arqueológicos— asumen el perfil de la enajenación colectiva, a la cual el turismo de masas concede episódicamente una patente de dignidad cognoscitiva. La incoherencia no compromete la realización de programas dirigidos a contener la insatisfacción individual y el malestar colectivo.

La cultura, que se constituye y que está en la base del comportamiento condicionado, es una cultura sobre todo verbal, lingüística; el imperio mismo de las imágenes, tan peculiar de nuestro tiempo, es, en el fondo, la síntesis visual de *slogans* y de informaciones reiteradas con técnica litúrgica, como la exaltación retórica de una proliferación de grandes ideogramas de la sociedad de consumo. El alfabeto de las imágenes trivializadas es, en definitiva, la nueva forma de los conceptos, de las palabras que han perdido su objetividad y su adherencia al pensamiento... El sociólogo, el crítico y hasta el artista no buscan la verdad en las cosas, no se interrogan, sino que se informan. La noción tiene valor de decisión.⁸

La inautenticidad, sin embargo, tiene una función alegórica, deja un margen a la interpretación, que tiene la ventaja de no ser inmediatamente exigible en el plano comportamental. Los sucesos, en los que se reflejan los pensamientos de los hombres, parecen constituirse en fundamentos empíricos de toda posible elaboración conceptual. Por el hecho mismo de que algo se verifica, se connota de significados que no pueden ser desatendidos todos juntos por el observador. La previsibilidad de los sucesos es contextual a los mismos: sirve para enmascarar una constante que se atomiza en una serie de variantes difícilmente homologables con un solo código interpretativo. En otros términos, mientras que el conocimiento tradicional sugiere el nivel lógico desde el cual escudriñar la realidad con un grado confiable de precisión, en el mundo contempo-

⁸ *Ibid.*, p. 26.

ráneo el conocimiento es inducido a ordenar los datos de la experiencia que la tecnología promueve a niveles planetarios tratando de uniformar los resultados para conseguir ventajas al mínimo común denominador.

La preeminente exigencia económica y administrativa de las estructuras productivas modifica el ordenamiento político en el sentido funcional según exigencias que se justifican *a posteriori*, esto es, cuando no son más refutables o eliminables. La dinámica de la implicación emotiva y racional de las masas de los usufructuarios constituye el principio fundamental del sistema en virtud del cual se elaboran normas de comportamiento que no sean propedéuticamente contrarias a la cognición del futuro. La desatención por el presente se desprende del interés arqueológico por el pasado, por las peripecias que las comunidades nacionales han pasado y que actualmente reivindican como factores alienantes de la identificación. El nuevo nacionalismo, de hecho, es reivindicativo: resume en sí mismo el precipitado histórico como condición calificante de las prerrogativas de las comunidades étnicas, lingüísticas y culturales en la fase incandescente de la homologación económica e institucional. La inautenticidad del presente se configura como un prejuicio y una premisa para el probable ordenamiento planetario en un tiempo que se perfila inmediato y que la experiencia vuelve inútil en una perspectiva por venir. La prórroga que cada suceso determina con respecto a la justificación y legalización del mismo comporta la continua modificación de los fundamentos ideales sobre los cuales proyectar el futuro.

En esta dilémica espera de los tiempos por venir se instaura una suerte de contencioso sobre los derechos del hombre y del ciudadano como miembros de un consorcio humano que no puede prescindir de sus variables históricas. El factor desencadenante de la identificación nacional, a continuación de los sucesos políticos que en los últimos años han modificado el mapa geopolítico del planeta, es el étnico-religioso, al cual se conecta el aspecto lingüístico, que, a su vez, expresa una visión de la realidad difícilmente conciliable con aquella que el comportamiento general es inducido a hacer propio. Se determina, por lo tanto, un dualismo cargado de inquietantes interrogantes, que afrontan la sobrevivencia del género humano en su concreta injerencia en el proceso cognoscitivo y modificador de la realidad. La homologación lingüística, de hecho, prescinde de las diversidades, aunque no pueda prescindir de los aportes diferenciados de los grupos que se expresan en las

lenguas deflagradas por la mítica Torre de Babel. Hasta ahora el conocimiento de la humanidad se configura como la complementariedad de los modos de decir y de entender el flujo de los hechos en su intrínseca contradicción. En el inmediato futuro es previsible que la humanidad trate de superar las contradicciones debidas a la inicua distribución de los recursos confiando en las propias capacidades organizadoras. Pero para que éstas tengan un sentido y sean aceptadas como válidas es necesario que no se predetermine una unanimidad de opiniones, carente de una dialéctica interna, que solamente los interlocutores dotados de diversos instrumentos lingüísticos están en condiciones de asegurar. La ineficiencia de un contexto comunitario, que hasta nuestros días está condenado por la ética del capitalismo, en el futuro próximo será quizás considerada en algunos aspectos salvífica. Asegurará quizás aquella mínima reflexión sobre los resultados de las acciones colectivas, que es correcto prever y salvaguardar antes de que se manifiesten como inevitables. La adquisición de bienes futuros se presume pueda ser salvaguardada en su equidad sólo si entran en escena algunos grupos de individuos capaces de controlar y juzgar las acciones cometidas por los otros grupos de individuos dispuestos a sacrificarse por el logro de ventajas personales y por traslación con respecto a los intereses colectivos.

El análisis objetivo de los contextos sociales y culturales es, en efecto, realizable sólo en una condición de concreción de la palabra. Pero la objetividad del lenguaje no es casual o simplemente filológica; entra a formar parte del comportamiento, volviéndose elemento insustituible de la autenticidad y de la autonomía de las elecciones individuales. El hombre obra en una determinada dirección calificando el comportamiento con la verdad del propio lenguaje, del mismo modo en que justifica y hace evidentes conceptos y locuciones con la autenticidad del comportamiento.⁹

La palabra y el gesto se compenetran y concurren ambos a dar relevancia al convencimiento. Si la una y el otro están condicionados por factores externos a los mismos o de todos modos extraños a su propia elaboración, la inautenticidad de la experiencia no puede contribuir a la resolución de los problemas que atentan contra la concordia comunitaria. Las energías creativas existentes en un contexto institucional se confrontan con las existentes en los otros contextos, en el intento de complementar los resultados de la

⁹ *Ibid.*, p. 41.

acción. Cuando el condicionamiento es totalizante, el repliegue en la intimidad individual exonera a los varios sujetos de la responsabilidad y el sistema comunitario resulta ética y económicamente deficitario con respecto a los cánones tradicionalmente empleados para relevar las actitudes colectivas.

La tradición que la cultura occidental inserta en la categoría de las experiencias con las cuales las diversas comunidades se entregan al juicio objetivo —entendido como una abstracción y sin embargo capaz de acompañar el curso histórico de los países en los que se consolida en la época contemporánea— parece perder progresivamente interés porque no es considerada como eficazmente dirigida al cambio. La mutación histórica, de la cual las sociedades contemporáneas son partícipes, representa el rechazo de todo aquello que constituye un lazo con el pasado. La arqueología del saber —para usar una metáfora de Michel Foucault— consiste en hacer perentorios y por lo tanto ineficaces los “mensajes” del pasado. El humanismo contemporáneo no se basa en la literatura de los clásicos, en la elaboración de doctrinas exegéticas capaces de “actualizar” la experiencia pasada, sino en la distinción entre la humanidad convertida por una idea y movilizada para su realización y la humanidad completamente libre, o aparentemente tal, de toda relación con sus componentes culturales.

La cultura contemporánea reedita una suerte de tribalismo que se explica tecnológicamente, dividiendo el planeta en regiones avanzadas y en áreas aún átonas a las sugerencias del mecanicismo imperante. El pragmatismo y el empirismo, que siguiendo la Reforma luterana se convierten en movimientos iniciáticos de una nueva concepción de la realidad, se delinean como prácticas de la acción útiles a los fines inmediatos de la existencia.

La mundanización y la laicización de la laboriosidad humana se contraponen, de hecho, con los fundamentalismos que sacuden e inquietan, no tanto la conciencia cuanto el conocimiento de quienes los consideran sublevaciones de retaguardia, sobre todo por parte de aquellas comunidades que, disponiendo de recursos naturales para condicionar el progreso tecnológico, se proponen “inmunizar” el desarrollo interceptando su ritmo. Los conflictos religiosos contemporáneos son el resultado del cálculo de todos aquellos que no piensan sacrificar sus recursos energéticos naturales a la máquina del mundo si no es para lograr beneficios, que no sean a su vez la causa de la ulterior subordinación a los países económicamente hegemónicos por ser tecnológicamente avanzados. La situa-

ción actual del planeta está más caracterizada por la cabeza de Jano: por una parte la economía del desarrollo; por la otra, la economía de la sobrevivencia; por una parte, la hegemonía de los grupos tecnológicamente aguerridos que no admiten rémoras al desarrollo por temor a perder su posición en el mercado mundial; por otra, la resistencia de aquellas comunidades que, en nombre de la tradición (cultural, religiosa, lingüística), se atribuyen el papel de guía en un orden marcado por la diferencia del desarrollo.

La complejidad de la situación se desprende de la confirmación de dos perspectivas contrapuestas: por un lado, el propósito de realizar la condición edénica de la humanidad renunciando religiosamente a todo consuelo de naturalezas sobrenatural, definiendo la existencia como una trayectoria obligada e irredimible en la alteridad; por el otro, el rechazo de la dependencia económica en el nombre del progreso que actualiza las ventajas, generalmente proyectadas en un tiempo invertido de la experiencia terrenal. Los pueblos, que no aceptan la completa laicización de la existencia, reivindican el derecho de remitirse a la tradición como confirmación de la propia autenticidad y del propio trayecto histórico reeditando el favor divino, entendido como permanente e *in extremis* salvífico. La perturbabilidad de estos pueblos se demuestra en la insatisfacción de la liturgia de la modernidad, de la precedera concepción del ser en el torbellino cósmico. La tradición suple así a la ciencia y deja amplio margen a las deducciones de orden ético y comportamental. En oposición a las doctrinas tradicionalistas se cuentan las más innovadoras teorías científicas, que modifican la visión de la realidad según perspectivas ya no fundadas en la convención sino en la credibilidad. La ciencia de la aproximación y aun de la modificación del hábitat natural no contempla alternativas que no estén ínsitas en los instrumentos del cálculo y de la observación.

El fin de las certezas burguesas coincide, de hecho, con la elaboración de las teorías de la indeterminación y de la complementariedad, con el advenimiento de las geometrías no euclidianas, con la pérdida del significante en el arte y en las estrategias de la comunicación. La crisis de los fundamentos, que para las sociedades tecnológicamente avanzadas permite afrontar al planeta con una temerosa ansiedad terrena, significa la renuncia al consuelo ultramundano para relegarlo a una posición umbral en la conciencia, para otorgarle el papel que desarrolla *in scrinio pectoris* cualquier

otro pensamiento incapaz de aflorar a la superficie y condicionar el comportamiento colectivo.

Sólo en la sociedad tecnológica el comportamiento de masa adquiere dignidad de estudio y de ciencia. El poder, de opresor, se vuelve represor en cuanto, estudiando el comportamiento condicionado del hombre-objeto, llega a reprimir preventivamente sus aspiraciones fundamentales, operando la reconversión anticipada y "sugestiva" de la praxis.¹⁰

La misma difusión del psicoanálisis en los países económicamente desarrollados demuestra que la autonomía de cada uno de los individuos es evaluada también por sus reacciones inconscientes, con los esquemas convencionales con los que se acredita en la sociedad en la cual es inducido a operar. Las circunstancias constituyen las ocasiones a causa o en virtud de las cuales el sujeto activo se transforma patológicamente en sujeto pasivo. Su recuperación social no es otra cosa que la explicación sin alternativas de su necesaria reintroducción en la comunidad operante, en la que toda forma de anómala extrinsecación individual se identifica con los residuos del arcaísmo. La objetividad de las elecciones comunitarias termina por otorgar legitimación a todo lenitivo puesto a actuar para reducir *in progress* los efectos de la virtual o efectiva transgresión.

Paradójicamente, la sociedad contemporánea sigue confiando en la apariencia, en aquel conjunto de significados que el obrar humano se propone como deseo, expectativa o simplemente como premonición. La amplificación del *eros* en el circuito inventivo repropone una forma del naturalismo en el estadio generativo, elemental, para introducirlo en los esquemas explicativos del mercado. La exaltación del físico, del potencial energético individual, oculta un circuito expresivo que, con el subsidio de los objetos, compendia una trayectoria que va desde la barbarie hasta la aculturación. La simultaneidad, de la que McLuhan habla a propósito de la aldea global, se evidencia en las actitudes que garantizan mejor que cualquier sistema mediático la inmediatez de la comunicación. Aunque luego tal inmediatez se configure como el aspecto umbrátil del silencio, no incide en la programación económica de los subsidios tecnológicos como para que sea asegurada una corres-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 51-52; cf. Raymond Boudon, *La place du désordre. Critique des théories du changement sociale*, París, Presses Universitaires de France, 1984; Viviane Forrester, *L'horreur économique*, París, Librairie Arthème Fayard, 1996.

pondencia entre el deseo y su simulacro. En este sentido se instaura una nueva tiranía, que no tiene el perfil de aquella política tradicional, y cuyo dominio se ejerce mediante las estructuras económico-sociales y por las manifestaciones culturales en condiciones de “atacar” al sujeto sin darle los medios para defenderse. Los ejemplos más evidentes del dominio estructural están dados por la televisión, el cine, las artes figurativas y la literatura. La imposición de un *best seller* supone la privación infligida a todos aquellos escritores que no logran, a menudo no sólo por inhabilidad, utilizar los mecanismos del sistema productivo y de difusión. La composición del caso se hace cada vez más evidente. La transformación de un escritor o de un científico o de un artista en un gurú válido para todas las circunstancias constituye una aflicción para los que tienen algo que decir y están obligados al silencio. La beligerancia entre los gurús de la representación escénica y los usufructuarios de los mensajes culturales es inauténtica pero efectiva. Nadie está en condiciones —por lo menos en breve tiempo— de contener el flujo de las trivialidades, que justamente por ser tales se suceden a ritmo incesante.

La evasión, que en el pasado ha sido un ejercicio de la voluntad individual, en la sociedad contemporánea se vuelve una fuente de lucro de aquellos grupos interesados en su aprovechamiento. Y se vuelve la expresión de una tendencia cada vez más difundida, que genera una nueva cultura. Las multitudes se mueven de un lugar a otro del planeta sin más ambición que la de testimoniar la propia presencia. La actualidad contagia los intereses recónditos y los vuelve sin atractivo. El panorama que se abre ante los ojos del espectador es extraño y sin embargo esperado. Cada prerrogativa del hábitat es homologada como útil o perjudicial a un megaorganismo del cual cada uno de los individuos constituye una parte y por añadidura sustituible. La inautenticidad propicia el cambio sólo por el hecho de ser ya previsible: todo puede cambiar si se lo favorece con el desinterés individual. La libertad, que se ejerce en la desigualdad, se vuelve pura apariencia cuando el condicionamiento colectivo la reduce a las elecciones que pueden ser practicadas por todos bajo la protección de una conciencia atenta y funcional. El interés de pocos se vuelve así el privilegio de todos. El estetismo contemporáneo representa la cuestión perjudicial del poder: las buenas maneras sirven para evocar un mundo inexistente, que no quisiéramos reeditar, aunque aparezca como un modelo, un estilema, para actuar.

La contradicción consiste en aparentar lo que no se es y en no ser aquello que se aparenta. La máscara de la contemporaneidad sirve para transportar a los probos y a los réprobos de una orilla a la otra del bien colectivo. El superego es abrumado por la soberbia con la cual se reivindica como esencial la trivialidad. Los *slogans*, las frases hechas, los modos de decir sustituyen la argumentación articulada y todo el florilegio de las convenciones expresivas nos remite a un epítome del vacío. Hasta la posmodernidad es representada como el compendio de lo que ha sido y de lo que podría seguir siendo si no se delinease como innecesario. El riesgo de la verdad, entendida como adecuada representación del mundo, funciona como antídoto contra toda forma de racionalización del comportamiento, que encuentra la aprobación en el sentido común.

El egoísmo individual y la retórica del bienestar masificado tienen el efecto de anular el sentido crítico y de volver inoperante la conciencia. El rito consolador de las oportunidades ofrecidas por la tecnología a un creciente número de personas se traduce en un *transfer* colectivo, que ambiciona transformarse en un verdadero proceso cultural. La patología se vuelve por lo tanto un reencuentro de la condición humana en la fase propulsora de un propio probable desarrollo. El carácter abstracto de las situaciones permanece inalterado y nos remite a un hecho propiciador del cambio, que aparece como extemporáneo o inadecuado. El privilegio se configura como un ordenamiento en condiciones de obtener consentimiento por parte de los grupos movilizados para la búsqueda de un *status symbol* o simplemente de una prerrogativa que funcione como llamamiento en el anonimato. El dilema individuo-anonimato caracteriza al conflicto interior. La insatisfacción es la inquietud de todos cuantos no entrevén en sus acciones el instrumento adecuado para modificar las condiciones existentes.

El acostumbramiento, de anomalía, se vuelve normalidad y propone una actitud pasiva en vista de cambios de regímenes que la eventualidad podría provocar. La casualidad y la necesidad de Jacques Monod pertenecen a la esfera de las deducciones masivas pero no sostenidas por rémoras e implacablemente sintónicas con la aceptación de un improbable necesarismo natural.

La "reserva democrática" incide profundamente en el tejido conectivo de las sociedades que se proponen la modernización según los cánones de la eficiencia y de la competencia. Los Caballeros de la Mesa Redonda de la época contemporánea se disputan los favores de la máquina del mundo y, en virtud de las sugestio-

nes y de los condicionamientos que ésta genera, la adhesión más o menos inconsciente y más o menos irracional de las masas. La epopeya de la vaguedad está colmada de objetos perecederos, que justamente de la propia obsolescencia extraen una suerte de romántica aflicción. Las estructuras del poder se debilitan frente a la fantasmagoría de las máquinas, que producen en sucesión y rápidamente todo cuanto ya está previsto por la ilusión. El ejército de los usufructuarios no tiene tregua: siempre está movilizado para las grandes maniobras, que se efectúan en el terreno minado de la insatisfacción. El Ejército de Salvación, las innumerables sectas y organizaciones religiosas proveen a la exigencia de un momentáneo o continuo consuelo. Toda la actividad humana se desarrolla bajo el lema de la rápida intervención. La misma protesta acompaña melancólicamente a la resignación.

La cultura burguesa, tan fielmente conectada con la perspectiva de una desigualdad legal, funciona como contrafuerte emocional al noviciado de la época contemporánea, hasta rozar el humorismo o la farsa. La representación escénica se configura, a menudo, como la falsificación de la idea que subyace a los cambios epocales. La *vis destruens*, con la que se caracteriza la cultura contemporánea, constituye una fase terapéutica adoptada por los medios masivos de comunicación para convencer a los usufructuarios de sus mensajes la no confiabilidad de toda actitud que tenga el fin de sostener o sustentar una idea. El ideario contemporáneo está privado de intencionalidad: es el resultado de un *chapotear* de las frases, de los periodos que se suceden sobre el papel, como la mancha sobre la tela o los sonidos en el ruido del subterráneo. Una suerte de balbuceo continuo estimula los instintos traicioneros y vuelve manejables todas las sensaciones, también aquellas que tendrían la fuerza suficiente para rechazar las falsificaciones. La marea en pleamar de los signos de puntuación, implícitos en cada mensaje publicitario, tiene la pretensión de precisar los límites de la acción enfatizando el objeto que la puede sustituir degradándola a una verdadera inhabilidad inventiva.

La sociedad postindustrial responde, de hecho, a solicitudes temporales y ocasionales, consideradas como correspondientes a un diseño global, del que virtualmente formarían parte todos los individuos interesados en mejorar sus condiciones objetivas. El egoísmo individual puede ser favorecido solamente si no subyace a las previsiones de la tecnocracia. Si algunos pueblos fueran excluidos de tal diseño, la legitimación en clave virtual, sobre la que

se apoya la tecnocracia, no tendría sentido. El privilegio asume formas mediatas e intereses intercambiables entre la iniciativa pública y la privada. El neocorporativismo es consecuentemente fluctuante ya que refleja los ordenamientos del mundo del trabajo en el contexto del sistema productivo.

La así llamada degeneración de la técnica consiste en el hecho de que, para ser utilizada, es necesaria una especialización cada vez más sofisticada, a la que sólo algunos grupos pueden acceder. Este mandarinato, propio de la especialización, modifica las finalidades del progreso porque las confía a la gestión de quienes a nivel político logran iniciar y gobernar un proceso normativo. La tecnología no puede prescindir del aparato político y burocrático, que la alimenta, imponiendo las normas necesarias para afrontar el financiamiento. Si la ciencia y la tecnología estuviesen en condiciones de desarrollarse en el interior de un sistema económico y administrativo autónomo, terminarían por dar vida a una utopía y quizás a una utopía represora. Como no pueden cumplir con estas funciones, las mismas vuelven en la esfera de la competencia política, que se atiene a normas difícilmente conciliables con la rígida racionalización de las energías empleadas para conseguir provechos. Las pseudofunciones, que se atribuye la burocracia sirven para comprometer a las masas de los usufructuarios de la tecnología, sobre la que se apoya preventivamente el peso de hacer frente a los gastos necesarios para realizar la investigación de base y la experimentación. A la expansión productivista se oponen las estratificaciones de los intereses, cuyo nivel de racionalidad o de irracionalidad se refleja en los mecanismos empleados por los mismos para obtener una apariencia de legitimación. La lucha contra las pseudofunciones puede ser iniciada sólo por quienes prepagan otras de diversa naturaleza y de todos modos para obtener ventajas que se prestan, a su vez, a ser refutadas por la competencia. Y ésta asume la apariencia de la legalidad.

La competencia es una forma de rivalidad que no tolera trabas de orden normativo y de hecho de orden ético. La propensión a afirmarse en el mercado por parte de las empresas económicas prescinde de la aceptación de los criterios de conducta de cada uno de los ciudadanos. Es verdad que la estadística y las investigaciones de mercado tienden a confirmar preventivamente a la producción de los bienes el gusto del público, en el intento de favorecerlo, pero después de haberlo influenciado y por lo tanto determinado mediante la publicidad. Ésta asume un ritmo com-

puesto de las reales o presuntas preferencias estéticas y funcionales de una cantidad magmática de usufructuarios de los objetos de uso, que se modifican con el cambio de las modas, de los estilemas del comportamiento propuestos por los creadores de modelos considerados correspondientes al curso de los tiempos. El movimiento de abajo hacia arriba de las modas, de los estilos, de las actitudes, vuelve refractarios a toda injerencia individual a los usufructuarios, que son tales por poder, por haber pasivamente aceptado las reglas del mercado: reglas sancionadoras de toda iniciativa que no sea coronada por el éxito económico. Está prohibido el choque frontal de los intereses, que se aseguran un régimen de extraterritorialidad con respecto al de los usufructuarios de los bienes, ya que el área de su acción hace abstracción a menudo de los mismos ámbitos territoriales de los países en que operan. Las multinacionales económicas, financieras y comerciales logran superar todas las limitaciones nacionales y trastocar los usos y las costumbres consolidadas. Se forma así un consorcio de empresarios y consumidores virtualmente sin fronteras físicas, pero con continuas barreras financieras. Tales inconvenientes son considerados, sin embargo, esenciales para el proceso productivo, que se vale de una programación cada vez más agitada. La excesiva dinámica empresarial determina un grado de entropía económica que la ética contemporánea considera salvífica. El trabajo está cada vez menos ligado a la continuidad y los vínculos sociales son considerados cada vez más como un impedimento a la competencia económica, que sin embargo refleja continuamente las fluctuaciones del mercado y vuelve precarias las condiciones y el poder de adquisición de los grupos en ascenso. Las reivindicaciones sindicales están obligadas a actuar como un perro de retaguardia, a imponer el respeto, no sólo de las cargas sociales y un salario adecuado a los niveles de vida, sino también el respeto de algunas tradiciones ligadas al ambiente en el que se desarrolla la actividad empresarial. Tal tendencia de todos modos margina a las organizaciones sindicales de la contratación macroeconómica, que persigue el menor costo para realizar el mayor provecho.

La repropuesta de un espacio físico, inmune a las contaminaciones de la vulgaridad, entendida como la patología de lo vulgar, no puede hacer más que interconectarse una vez más con los clásicos del pasado y con las lenguas que lo atestiguan. La antigüedad, en cuanto patrimonio colectivo y general, consiente una reelaboración de aquellos elementos de la persistencia de la condición humana

en los que se reflejan el potencial creador de cada uno de los individuos y el de las lenguas con las cuales éste se manifiesta. El trayecto histórico de las lenguas neorromances —sobre todo de aquellas, como la lengua italiana, que por razones intrínsecas de su desarrollo están en menor medida erosionadas por el habla— puede ser convenientemente repropuesto a la atención contemporánea en el intento de verificar, con la plausibilidad, la eficacia compuesta e interpretativa de la realidad en la que se delinearán las posibles perspectivas del mundo por venir.

Esta perspectiva consentiría la reevaluación de los aportes de las lenguas nacionales en analogía con aquéllos ya experimentados y consolidados de los dialectos y contextualmente individualizar cuáles son los ambientes sociales destinados a la fosilización de algunas expresiones y cuáles no responden a tal eventualidad. Todo esto con el propósito de connotar el fenómeno de la homologación lingüística como una forma de subordinación económica y social respecto de los centros de la inventiva y de la empresa.

La importancia de los fósiles dialectales aumenta si se tiene en cuenta que éstos, a diferencia de los fósiles de la paleontología y de los hallazgos de la arqueología, están aún conectados con la vida, y por lo tanto son mucho más iluminadores, mucho más “parlantes” y elocuentes, que los fósiles muertos. En otras palabras, la documentación dialectal tiene, potencialmente, el mismo enorme valor de la documentación etnográfica y de aquella genética, que parten del presente para llegar al pasado más remoto.¹¹

La afinidad de la tipología dialectal con aquélla de las lenguas nacionales en el contexto geopolítico moderno se justifica con la problemática inherente al proceso innovador en el plano tecnológico y al proceso conservador en el plano lexical. Algunas palabras, de hecho, se refieren a la reactividad humana frente al cambio: reactividad que no es siempre de adhesión, sino también de rechazo o de aguante. La exigencia de documentar las diversas manifestaciones de consenso o de disenso con respecto a los fenómenos globales de la humanidad no puede ser expresada sino mediante las lenguas nacionales.

Desde cualquier cultura que se parta, se debe seguramente alcanzar la “naturalidad”. Lo que sostengo es un poco la misma cosa, desde cualquier lengua o dialecto que se parta, hoy, se pueden alcanzar, en modo limitado y

¹¹ Mario Alinei, *Origini delle lingue d'Europa*, Bologna, Il Mulino, 1996, p. 674.

parcial a través de la forma, pero de modo a menudo satisfactorio a través del significado, los orígenes del lenguaje y del hombre.¹²

La experiencia humana es parcializada y se explica por aproximación. Cada piedra del mosaico cognoscitivo es parte integrante de un conjunto de interacciones, que solamente en la fase representativa se convierte en una connotación social. Si la palabra —en sus múltiples articulaciones— nos faltara, el resplandor del caos provocaría el colapso planetario: la incomunicabilidad y la incompreensión.

Despejado el terreno de la ideología de la “invasión” y de la “catástrofe” —la primera herencia del colonialismo de fines del siglo pasado y de principios del siglo xx, la segunda de la concepción teológica del “diluvio” típica del siglo xix— la teoría de la continuidad propone un nuevo modelo de formación étnica y lingüística europea que a mi entender es al mismo tiempo más simple y más productivo que el tradicional.¹³

El modelo de la continuidad ofrece experiencias y conjeturas sobre el modo de actuar y de expresarse del género humano que no se contraponen sustancialmente con las mutaciones epocales. La arqueología y la lingüística contemporáneas enlazan epopeyas y vicisitudes sociales aparentemente discrásicos entre sí, como si hubieran sido llevadas a cabo por actores olvidados de cuanto la humanidad desde su aparición terrena piensa proponer a la reflexión y a la memoria colectiva. La recuperación de estos fundamentos iniciáticos y después disquisitivos de la inteligencia y de la comprensión de las generaciones, que se alternan en la historia para animarla, consiente prever un nuevo cúmulo de hechos caracterizados por la importancia de los significados de los gestos y de las actitudes que actualmente parecen irreconciliables. En otros términos, es probable que las palabras cuenten su historia insertando alguna referencia a las personas que la han vivido.¹⁴ Es probable que en las palabras se diluya el protagonismo de los individuos, que ha causado y sigue causando las tensiones y los conflictos de la historia. La pérdida de la paradigmaticidad subjetiva podría quizás configurarse en una epopeya de masas anónimas, casi olvidadas del pasado, pero exentas de aquellas implosiones intestinas, a causa de las cuales progresan y se derrumban.

¹² *Ibid.*, p. 726.

¹³ *Ibid.*, p. 10.

¹⁴ Cf. *Le parole raccontano*, Turín, Einaudi, 1986.

La teoría moderna de la información, como es sabido, ha sido desarrollada generalizando algunos conceptos de la termodinámica y del electromagnetismo y ampliando su campo de aplicaciones. Las fórmulas que describen cuántos mensajes telefónicos pueden ser transmitidos en un cable eléctrico, por ejemplo, han sido usadas para otros tipos de mensajes y por otros tipos de comunicación. Hoy, cuando un experto en computación habla de información, generalmente no tiene en mente un particular vehículo físico, porque ciertas propiedades formales de los mensajes son independientes del medio usado para transmitirlos. Se trata de propiedades que existen ya sea en los mensajes del mundo viviente ya sea en aquellos del lenguaje; se llega por lo tanto a la conclusión de que un cierto paralelismo formal entre evolución biológica y evolución lingüística debe existir.¹⁵

Si bien no esté aún bien definida tal relación, no es arriesgado pensar que las contemporáneas manifestaciones gestuales o físicas, en detrimento de la interlocución sintácticamente argumentada, sean el prólogo de un nuevo modo de entenderse de la humanidad: una forma apasionada y rapsódica de inventariar la realidad para que no se atomice en ámbitos contrapuestos. El aparente envilecimiento de la expresión, por suponérsela activamente débil, podría perfilarse como el punto cero de una nueva temporada de entusiasmos, cuyos efectos se presienten salvíficos. Las palabras del nuevo mundo deberían significar el contenido del pensamiento en su fase inmediatamente conmutativa de las definiciones que asumen los actos en el momento de cumplirse y de entregarse a la crítica del juicio. Las palabras del mundo tienden a coincidir con el sentido que el observador aspira dar desde siempre a las cosas, aun cuando le parecen huidizas.

¹⁵ Marcello Barbieri, *La teoria semantica dell'evoluzione*, Turin, Boringhieri, 1985, pp. 179-180.